

---

# Historia regional e historia nacional

Leticia Reina

**E**n este ensayo se pretende analizar algunas cuestiones metodológicas sobre la producción de la historia regional y la historia nacional. Para ello se partirá de un símil que presentan las artes gráficas: la cuestión de la “figura” y el “fondo”. Douglas R. Hofstadter, profesor de Ciencia de la Computación de la Universidad de Indiana, analiza el contenido de una ilustración y señala que cuando una figura está dibujada en un cuadro, por ejemplo una forma humana o una naturaleza muerta, este “espacio positivo” tiene como consecuencia inevitable una forma complementaria, es decir, el resto del cuadro, llamado fondo o “espacio negativo”. La mayoría de los dibujos no tiene una relación figura-fondo, o esa relación no tiene especial importancia para el artista, pues se interesa más por la figura que por el fondo, dado que el tratamiento de este último está, por lo general, dominado por la necesidad de hacer destacar la figura. El tratamiento del fondo está “dominado” por una especie de imposición de la figura misma. En este sentido el fondo no es más que la consecuencia de la figura.<sup>1</sup>

El símil no es forzado. Llevado al terreno historiográfico parece que éste ha sido el problema de muchos trabajos que son presentados como historias regionales. Se ha privilegiado en ellos el análisis de un fenómeno como la figura de un cuadro, sin importar otros

aspectos de la realidad en los cuales están inscritos o la relación que guardan con otros espacios socioeconómicos. En el mejor de los casos, existen otros estudios “regionales” en donde la historia nacional sólo aparece como el contexto o el fondo del cuadro.

## Balance historiográfico

Desde hace poco más de veinte años se puso de moda la historia regional. Para ser más exactos, fue el maravilloso libro *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* la llamada de atención a los académicos para que se interesaran por aquellas historias locales, del terruño, de la patria chica, historias menudas o parroquiales, como las denomina su autor Luis González.<sup>2</sup>

En un balance historiográfico, la historia local es más cuantiosa que la historia nacional, simplemente porque siempre ha existido y porque en casi todas las localidades del país siempre ha habido alguno o algunos letrados interesados en contar o reconstruir la historia de su terruño. Por lo regular son historiadores diletantes, de formación jurista o simples notables del lugar, que por lo mismo tuvieron la fortuna y oportunidad de ilustrarse en las letras. Los resultados han sido historias narrativas, efemérides, recolección de leyendas o

hazañas y hasta colecciones de documentos de los archivos locales. Los trabajos pueden ser interesantes o aburridos, trágicos o heroicos, pero siempre prestos a recordar y revivir la memoria de hechos que pertenecen a la localidad, y con los que sus habitantes se identifican por la cercanía de los personajes y del entorno donde se desarrolla la historia. Cuestión fundamental en la vida de una localidad y que la historia nacional no ha podido proporcionar.

Durante dos décadas Luis González ha invitado a hacer microhistoria, aunque pudiera no ser exactamente lo mismo que la historia regional. Sus escritos, elaborados de manera magistral, literaria y amena han arrojado mucha luz sobre este asunto y están en la misma línea de análisis.<sup>3</sup> Sin embargo, no es sino hasta hace diez o quince años que la historia regional se puso de moda, proliferaron los estudios y cobró rango de "ciencia". De entonces a la fecha, los académicos institucionales han reflexionado y teorizado sobre este quehacer, tan viejo como las sociedades mismas, pero todavía no queda muy claro, o no se ha llegado a un acuerdo sobre lo que es la historia regional.

En las discusiones académicas se ha ensalzado la historia regional, quizá de manera exagerada y por lo general en contraposición a la historia nacional. De manera exagerada, pues aunque es verdad que la historia nacional tiene bien merecida la mayoría de las críticas que se le hacen, la multitud de estudios de historia regional no ha cumplido, en gran parte, el cometido que se había propuesto. Es decir, no ha cubierto las expectativas del rigor metodológico que hoy exige la academia, además de que han perdido el candor y belleza de la narrativa local y la función social de las historias del terruño. Cabría preguntarse si todo lo que se designa como historia regional, realmente lo es. Lo primero que salta a la vista es que, o se engloban en este término muchos trabajos que no son historias regionales, y que tal vez nunca pretendieron serlo, o bien que a pesar de todos estos años de reflexión —por lo menos una década de análisis sistemáticos—, no se ha logrado delimitar lo que es y cómo se hace una historia regional.

La producción de estudios históricos en los últimos veinte años está marcada por el cuestionamiento de la utilidad, el método y la validez de las ciencias sociales, sobre todo debido a la irrupción que el marxismo hizo en las universidades y centros de investigación a partir del Movimiento Estudiantil de 1968. Desde ese momento, se distinguieron claramente dos líneas de investigación: una inspirada en el materialismo histórico y otra de tipo neopositivista. Más adelante se explicará la diferencia entre ellas y sus consecuencias.

Durante la década de los años setenta se hicieron estudios de historia general de México o estudios temáticos con un enfoque marxista, siempre buscando conocer y divulgar las causas de la explotación de unas clases sociales por otra. Los nuevos modelos teóricos que se utilizaron en estas investigaciones proporcionaron diferentes reinterpretaciones, generales o particulares, de la realidad social de la historia de México. Ello era necesario para entender la realidad que se estaba viviendo (en México y en todo el mundo) y que los modelos tradicionales de análisis no explicaban satisfactoriamente. La simple existencia de esta nueva corriente historiográfica resultó una crítica a la manera como se había hecho hasta entonces la historia nacional y especialmente, a las conclusiones a las que se llegaba. Esta "Historia Patria" resultaba de oropel, parcial, justificaba la explotación, el centralismo, el despotismo, siempre a partir de la creación de héroes y de "símbolos integracionistas que articulaban al país desde el centro". La historia oficial —que no es lo mismo que las historias generales de México— construyó un pasado sustentado en acontecimientos pretendidamente nacionales porque, como bien señala Enrique Florescano, "habían impulsado la integración política del país, y en esa medida ignoró o distorsionó los procesos regionales".<sup>4</sup>

Por su parte, los nuevos análisis provistos por los marcos teóricos y conceptuales que se generalizaron en los medios académicos durante la década de los setenta, no siempre lograron construir una nueva visión de la historia nacional. Las más de las veces se queda-

---

ron en reinterpretaciones de los trabajos realizados por los clásicos de la historia de México, los cuales, aunque eran fuertemente criticados, servían de nutrientes básicos a la mayoría de los nuevos estudios. El problema consistió en que los análisis basados en modelos marxistas eran aplicados a un viejo conocimiento de los hechos que respondía a otras necesidades teóricas y sociales. Por tanto, los estudios resultaron importantes pero esquemáticos, novedosos pero anquilosados en cuanto a aportación de datos que explicaran procesos concretos y particulares de la realidad mexicana. Cumplieron, sin embargo, una función social muy destacada, inscrita en la crítica de la sociedad global mexicana.

Sin embargo, pronto apareció la necesidad de acudir de nuevo a las fuentes, y los investigadores, al salir del cubículo, se toparon con una documentación rica en devenires históricos particulares, complejos, diversos, a veces contradictorios y con realidades heterogéneas demarcadas regionalmente. Al percatarse de esa complejidad y diversidad de procesos, las historias generales tendieron a convertirse en empresas colectivas y la gran mayoría de los investigadores restringieron el espacio del análisis a unidades más pequeñas denominadas "regiones", con el objeto de aprehender la dinámica y lo particular de los procesos concretos.

Estas reinterpretaciones de la historia de México se produjeron más o menos a la par del desarrollo de la historia con adjetivos, que también llegó de ultramar y de los Estados Unidos: la historia económica, la historia social y últimamente la historia de las mentalidades o de la vida cotidiana. El balance historiográfico descubre una prolijidad sorprendente; difícilmente una sola persona podría inventariar los trabajos que se escribieron en este sentido. Por lo pronto, es posible utilizar la caracterización que hace Van Young de la producción de historia agraria. El agrupa los estudios en historia empresarial, sectorial y regional.<sup>6</sup> Esta clasificación también podría ser válida para la historia industrial, o para la de los ámbitos o espacios del país en donde la

industria ha jugado un papel importante. Y habría que agregar, por su importancia, los estudios de instituciones.

Sin embargo, se debe señalar que si bien toda esta producción de historia con adjetivos ha sido abundante, no toda tiene la misma calidad y los mismos métodos de análisis. Existen buenos estudios empresariales, sectoriales y de instituciones, con diferentes enfoques, sean funcionalistas, estructuralistas o últimamente culturalistas. Pero también es necesario decir que proliferaron los trabajos que podríamos denominar de fenómenos particulares o estudios de caso. Estos últimos se restringen a un espacio y un periodo muy corto y suelen estar desarticulados de su contexto, lo cual ha provocado la atomización del conocimiento. Esta producción no es representativa de una especialización temática; simplemente se trata de reconstrucciones de lo particular por lo particular mismo, sin ningún vínculo con la sociedad global en la cual se desarrollan.

La historiografía temática y por sectores con un enfoque marxista, la cual se produjo durante la misma década de los setenta, fue trascendente y cumplió su cometido al rendir cuenta de nuevos procesos, descubrir nuevos actores sociales y permitir ver en la historia el sentido presente. No sólo se encontraron diferentes respuestas a la "historia ¿para qué?",<sup>6</sup> sino que, al rescatar a diferentes grupos de las clases populares como objetos de la historia, muchos historiadores entraron en permanente diálogo con el presente.<sup>7</sup>

La última década, la de los ochenta, se podría caracterizar por el "boom" de lo regional. En resumen, a esto han contribuido diferentes factores: a) la necesidad de enriquecer modelos teóricos; b) una crítica a las historias generales que no reconocían la diversidad de las regiones; c) la necesidad de conocer procesos específicos y que sólo podían ser aprehendidos en realidades pequeñas; d) el esfuerzo emprendido por muchos académicos —apoyados y financiados por organismos estatales— para organizar y catalogar los archivos nacionales, estatales, municipales y parroquiales, dando acceso a ellos, y e) sobre todo, el impulso

---

y apoyo en la formación de centros de docencia e investigación en los estados de la República.<sup>8</sup>

### **El regionalismo: siglo XIX y crisis de la sociedad actual**

El desarrollo de los estudios regionales está sustentado en la coincidencia de dos factores: las características propias de la historia del siglo XIX y la necesidad de respuesta nacida de las crisis sociales a las que el país entró desde finales de la década de los sesenta.

La historia del siglo pasado fue un laboratorio perfecto para el análisis de las particularidades regionales, ya que fue en este periodo de la historia de México cuando apareció con mayor claridad la diversificación de los procesos de cada región. Ahí se buscaron las respuestas.

La disolución de la administración colonial provocó el fraccionamiento de los poderes y, aunque el clero y el ejército mantuvieron su organización corporativa en toda la joven nación, ellos no fueron capaces de mantener el control del territorio en su conjunto ni de organizar a la sociedad. El poder se cimentó en caudillos y caciques capaces de controlar la tierra y la población de espacios determinados, fundando lo que Gramsci llama “poderes reales”. En alianza con la fuerza social más importante del siglo, los campesinos, caudillos y caciques—verdaderos personajes centrales de la historia decimonónica—constituyeron poderes regionales autónomos que, en muchos casos, devinieron en entidades federativas.<sup>9</sup>

Los procesos económicos se dieron más en función de la dinámica y composición de las fuerzas sociales regionales que de factores provenientes de una supuesta sociedad nacional. Las particularidades de las clases dominantes de cada lugar, la composición étnica y los recursos naturales hacían que la economía dependiera de dichos procesos locales. De ese modo, se fueron construyendo espacios heterogéneos de poder, se diversificaron las economías y se profundizaron las diferencias culturales, haciendo que la famosa anarquía no

fuera más que la expresión política del “regionalismo”<sup>10</sup> que luchaba contra las fuerzas centrípetas que trataban de imponer un proyecto de nación.

Visto así, se comprende mejor cómo los proyectos de modernidad, de secularización de la sociedad y de consolidación de un Estado-Nación se impusieron con tiempos y ritmos distintos en las diversas regiones del país. El regionalismo expresaba la fuerza aglutinadora de las oligarquías provinciales y la identificación de los intereses de los grupos sociales que habitaban un espacio delimitado, que demandaban autonomía o por lo menos respeto frente al pacto federal.<sup>11</sup>

El otro factor que contribuyó decisivamente al auge del estudio de la historia regional fue la larga serie de crisis que se inició a fines de la década de los años sesenta del presente siglo y que se mantuvo durante los años setenta. Una de las más connotadas manifestaciones de esta situación fue la explosión, por así decirlo, de los movimientos estudiantiles, campesinos, obreros y de colonos.<sup>12</sup> Fueron múltiples los testimonios regionales de protesta, y si bien muchos se dieron de manera desarticulada, todos apuntaban a cuestionar las políticas estatales o centralistas que poco atendían a las necesidades de cambio de la provincia y de los diferentes sectores sociales que conforman la sociedad nacional. Por su parte, las burguesías locales no han dejado de expresar, y cada vez con más fuerza e insistencia, su interés por obtener mayor autonomía o por lo menos mayor espacio de acción y de reconocimiento en la estructura de poder hasta hoy centralizada.

No es fortuito que en esos años se haya desarrollado el interés por los estudios regionales en el ámbito académico. La politización que experimentaron muchos académicos de provincia y de la ciudad de México, por la vivencia de movimientos sociales contestatarios frente al poder central, fue un estímulo para investigar y reflexionar los problemas desde la óptica regional.<sup>13</sup> Pensar los problemas históricos desde las necesidades presentes, y sobre todo desde diferentes ámbitos del

---

país, se convirtió en una fuerte crítica a la historia oficial. Lo lamentable fue que lo nacional se rechazó como si fuera sinónimo de centralismo y se repudiaron las historias generales.

### ¿Qué es la región?

Quizá los geógrafos fueron los primeros científicos que trataron de definir lo que es una región. A ellos les han seguido economistas, antropólogos, sociólogos y estadígrafos. Las diferentes definiciones y regionalizaciones que se han hecho del territorio mexicano han dependido de las variables tomadas en cuenta en cada caso. Luego entonces, parece que se trata más de un concepto que de una realidad, y como dice Ignacio del Río, se trata de un término tan “genérico y tan vago que lo mismo se utiliza para aludir a todo un continente que a una pequeña localidad”. Entonces ¿qué es una región?

Van Young sostiene que es necesario definir el concepto antes de empezar a recolectar información al respecto, a pesar de que en la realidad se ha procedido a la inversa. Frecuentemente el concepto de región ha sido más el producto de la reflexión sobre los resultados de una investigación de un lugar determinado, que la consecuencia de una definición previa. Es así, como señala el mismo autor, que las regiones son más bien hipótesis a demostrar.<sup>14</sup> El creciente interés por los estudios regionales ha estimulado y obligado a los historiadores, desde hace varios años, a teorizar sobre esta área del conocimiento. Pero parece que el concepto de región se nos sigue escapando de entre las manos. Por ello quizá sea mejor tratar de describirlo antes que definirlo.

Por principio, hay que señalar las implicaciones metodológicas que encierra el concepto de región. El común denominador en toda regionalización es el espacio. Es decir, se trata de un área o de una dimensión espacial en donde ocurren los hechos. Sin embargo, cuando hablamos de acontecimientos, de las acciones del hombre, entendemos que se sitúan en

el tiempo. Aquí es donde entra el factor específicamente histórico. Las acciones de los hombres y en especial las relaciones sociales que los hombres establecen entre sí, cambian a través del tiempo y no se desarrollan, necesariamente, en un espacio constante. Por ejemplo, un mercado puede cambiar el tamaño de su área de influencia en diferentes momentos, o bien, la extensión geográfica que alcanza una rebelión campesina cambia bajo diferentes circunstancias. Las regiones son históricas y se extienden o distienden según el fenómeno y la época en la que las estudiemos. Es decir, una región puede cambiar su extensión de acuerdo con los cambios de las relaciones que los hombres establecen tanto al interior como al exterior de un grupo.

Ahora bien, lo regional está delimitado por los fenómenos estudiados, aunque los aspectos con los que se articula pueden ser tan amplios como sus relaciones o dependencias con diversos grupos sociales, que involucren otras localidades, unidades productivas, entidades federativas, Estados y naciones. Por ejemplo, si estudiamos una región cafetalera, no podemos constreñirnos a los factores de la producción del nicho ecológico, sino que tendremos que ver las políticas agrícolas nacionales, las relaciones comerciales con los países a los cuales se exporta y hasta la cotización del precio del café en la Bolsa de Valores de Nueva York. Como este ejemplo, podríamos dar otros sobre fenómenos sociales o políticos.

Bajo estos parámetros metodológicos podríamos preguntarnos si a todos los trabajos que se han producido en los últimos diez o quince años los podemos considerar como historia regional. Me parece que muchos de estos trabajos han tratado temas específicos o fenómenos muy particulares y en periodos muy cortos. No son historias regionales: más bien se trata de enfoques regionales de los fenómenos, con un método particular de análisis histórico. Son valiosos porque describen con fineza y profundidad las particularidades de algún aspecto de la vida de una región, además de estar sustentados en las fuentes documentales del lugar, pero en muchos casos están descontext-

tualizados: no se analizan las articulaciones que tienen con otros fenómenos y con otras regiones. Se trata de una forma particular de abordar y bordar la historia a la que podríamos denominar "visión regional" de los hechos.<sup>15</sup>

Existe otro tipo de investigaciones, las menos, que han hecho análisis globales o totales de una región. Por citar dos ejemplos: *Pueblo en vilo* y *Resistencia y utopía*.<sup>16</sup> El primer libro trata de una localidad y el segundo de una provincia. Aunque cada uno con una concepción teórica y metodológica distinta, en ambos se analizan los diferentes aspectos de la vida política, económica, social y cultural, así como la forma en que se articulan, no sólo con su entorno, sino con el país y el mundo en el que están inscritos y se relacionan. En sentido estricto, ninguno de los dos estudia una región geográfica, y justo por ello nos sirven para hacer un planteamiento más radical: la región, en los estudios históricos de larga duración, está definida y determinada por el tipo de relaciones sociales a estudiar, y no por sus características geográficas. Por tanto, el análisis global y de larga duración que hacen las dos obras mencionadas formula, implícitamente, un modelo metodológico para hacer investigación sobre historia regional.

### Balance historiográfico de Oaxaca

Es útil hacer un breve balance historiográfico de un lugar como puede ser Oaxaca a través de algunos de sus trabajos de reciente aparición, antes de sugerir algunas líneas metodológicas para la investigación en historia regional. Aunque no tiene sentido medir la producción historiográfica por el número de trabajos publicados, resulta notorio que la producción de estos trabajos sobre Oaxaca sea menor comparada con la de otros estados de la República. Aun así, sólo me referiré a trabajos que se han realizado en los últimos veinticinco años, ya que anteriormente predominaron los estudios tradicionales enfocados a describir aspectos políticos que destacaban "el culto a la personalidad y las gestas o acciones extraordinarias

de hombres que se vuelven héroes mitológicos".<sup>17</sup>

Lo primero que llama la atención de la historiografía oaxaqueña de los últimos años es que el periodo colonial y el siglo XIX lo han trabajado fundamentalmente investigadores norteamericanos y en menor medida los nacionales. En cambio, el periodo de la Revolución y los años siguientes están tratados básicamente por investigadores oaxaqueños.

La mayoría de los trabajos sobre Oaxaca no trata a la entidad federativa como una unidad de análisis, ya que son varios los problemas que se presentan. El estado suele dividirse en ocho regiones, con grandes diferencias geográficas y culturales; en ellas habitan, por lo menos, dieciséis grupos étnicos, con lenguas distintas y con procesos diversos de conformación e integración a la sociedad global, no sólo con formas sino con ritmos muy particulares. Pero sobre todo, quizá la desarticulación económica en que vivieron estas regiones desde las Reformas Borbónicas hasta aproximadamente mediados de este siglo, represente el mayor problema metodológico y de fuentes con el que se topa el historiador. Es por esto que casi todas las investigaciones se refieren a una determinada región, y entre ellas dominan los estudios que se han hecho para la Mixteca y para los valles centrales. Esto se debe a la riqueza de las fuentes documentales y a la cercanía con centros rectores. También existen estudios de las sierras, de la costa y del Istmo, pero son escasos. Existen buenos ejemplos de historia regional, sólo por citar algunos mencionaremos el trabajo *Campeños y reformas: la Mixteca, 1700-1856*, de Rodolfo Pastor, *Embriaguez, homicidio y rebelión*, de William Taylor, o *Política y comercio en el sur de México 1750-1821*, de Brian R. Hamnett, los cuales, si bien tienen temas aparentemente muy particulares, no por ello dejan de analizar los diferentes elementos con los cuales están interrelacionados. De tal suerte, desde ópticas y puntos de partida diferentes reconstruyen el acontecer de la región con una tendencia totalizadora.<sup>18</sup>

Los temas más estudiados se refieren a la esfera de lo político, tales como el sistema

constitucional, el municipio, el gobierno, los conflictos políticos —en especial la Revolución—, las élites provinciales y la Iglesia vista como institución de poder; en lo económico se ha estudiado el comercio, la desamortización, muy poco las haciendas y la tenencia de la tierra; dentro del ámbito social se han abordado algunos cambios sociales y culturales como producto de la modernización, así como los consecuentes conflictos y rebeliones indígenas.<sup>19</sup>

A pesar de las dificultades metodológicas para estudiar el estado de Oaxaca como una región, en los últimos dos años se han publicado tres obras que intentan dar esta visión de conjunto. Los tres trabajos son estudios de larga duración y tratan de explicar o de rendir cuenta de la variedad regional, de los factores económicos, sociales y políticos. No son repetitivos sino complementarios en la medida en que tienen objetivos diferentes. Estos son los siguientes:

En 1988 se publicó la obra *Historia de la cuestión agraria mexicana. Estado de Oaxaca*, presentada en dos volúmenes y comprende desde la época prehispánica hasta 1986. En ella participaron nueve investigadores, cada uno como responsable de un periodo de la historia de Oaxaca. En el trabajo se pretendió rescatar al indígena y al campesino como sujetos de la historia, a partir de sus problemas agrícolas y agrarios. Se intentó analizar las mismas líneas temáticas en cada uno de los nueve periodos con el objeto de explicar los cambios y las continuidades en el devenir de las diferentes regiones de esta entidad federativa.<sup>20</sup>

*Lecturas históricas del estado de Oaxaca*, publicada en 1990, en cinco volúmenes. El primero comprende el periodo prehispánico y está compilado por Marcus Winter. Los otros cuatro los compiló María de los Angeles Romero y abarcan desde el periodo prehispánico hasta la Revolución en Oaxaca. Lo peculiar del trabajo es la presentación de textos elaborados en los últimos años y de ensayos hechos a propósito para la ocasión. Es una excelente compilación que rinde cuenta de autores, regiones, temas y enfoques de lo que hasta hoy se ha investigado sobre Oaxaca.<sup>21</sup>

La obra *Oaxaca. Textos de su historia*, publicada también en 1990, es una antología en cuatro volúmenes, compilada por Margarita Dalton, y un quinto volumen de síntesis histórica y cronología comparada elaborado por ella misma (*Oaxaca. Una historia compartida*). Los primeros volúmenes son una selección de textos ordenados en línea cronológica, que va desde la Independencia hasta 1930. Su rasgo distintivo es la compilación minuciosa y erudita de los estudios clásicos de la historia de Oaxaca.<sup>22</sup>

En síntesis, las tres obras recientes sobre la historia de Oaxaca muestran la posibilidad de superar los problemas para reconstruir la historia de una provincia en términos de historia regional. Asimismo, prueban que a pesar de la diversidad geográfica, de la pluralidad étnica y cultural de una entidad federativa, y de estar desarticulados económicamente por un periodo largo de tiempo, los diferentes espacios económicos y culturales de una entidad se encuentran dominados por un sistema político local que controla al conjunto social mediante un *corpus* legal y administrativo propio y articulado por las redes de poder que generan los grupos oligárquicos.<sup>23</sup> Aunque estos grupos luchan entre sí por la hegemonía política de la entidad, fungen como cohesionadores del territorio. Estos elementos conformarían una definición política de región.<sup>24</sup> El regionalismo sería, entonces, la manifestación política y cultural de las provincias contra el Estado centralista, especialmente en épocas de crisis.<sup>25</sup>

### **Historia regional e historia nacional: dos enfoques**

Para volver a la relación entre lo regional y lo nacional, regresaré al símil sobre las artes gráficas planteado al principio del ensayo. En el libro de Hofstadter ya citado, el autor distingue dos clases de figuras: dibujos cursivos y dibujos recursivos. Nos explica que la figura de los dibujos cursivos es aquella cuyo fondo es un mero accidente, pero que en una figura recursiva el fondo puede también ser una figura.<sup>26</sup>

De la misma manera, la historia regional y la historia nacional no deberían ser cuestiones distintas ni excluyentes. Estos dos enfoques, aparentemente distintos de la historia, deben constituir un dibujo recursivo. En sentido metodológico y dependiendo de cada historiador, a veces la figura puede ser lo regional y el fondo lo nacional —léase general y no nacionalista—, y en otras ocasiones lo nacional puede ser la figura y lo regional el fondo, pero de manera recursiva, y en donde ambos tienen su propio peso.

El problema de la historiografía de fenómenos muy particulares y además descontextualizados es que han dado por resultado la pulverización del conocimiento, lo cual a veces ha impedido hacer generalizaciones. Como dice Alan Knight: “los estudios de caso no se integran fácilmente en síntesis globales; pueden estorbar tales síntesis. También las síntesis necesitan bases teóricas y, a veces, éstas han sido insuficientes y hasta contraproducentes”.<sup>27</sup> La tarea de hacer análisis generales es necesaria no sólo para la formulación de una nueva historia general, sino también para comprender las tendencias y dinámicas nacionales que están influyendo sobre las diferentes regiones. Es decir, cada una requiere de la otra, no sólo para explicarse a sí misma, sino para explicar y comprender a la otra. Como en un dibujo recursivo, en donde tanto la “figura” como el “fondo” tienen su propio significado, pero además son complementarios y necesarios.

Historia nacional e historia regional no se oponen. Es necesario dejar de condenar a la historia nacional por lo que la historia oficial y las visiones centralistas nos legaron, y hacer las buenas historias regionales que nos permitan comprender el devenir de nuestro país: como un todo, como una unidad de análisis mayor.

### **Propuesta metodológica para el estudio de una región**

Como historia regional, se debe proponer el

regreso a la antigua idea de Marc Bloch o de Lucien Febvre de hacer historia social, síntesis que integra los resultados de la historia demográfica, la económica, la del poder y la de las mentalidades. Es decir, la historia total entendida como la historia de las sociedades en movimiento. De tal suerte que la región se convierte en un todo concreto y específico.<sup>28</sup>

La región debe abordar el estudio de los grupos sociales como los actores y protagonistas centrales de los procesos históricos, que interactúan en función de sus proyectos y las circunstancias particulares que se les presentan. Bajo esta concepción, los procesos históricos son el resultado de la acción de diferentes grupos o clases sociales que luchan por sacar adelante sus diversos proyectos económicos, políticos o culturales, y en esa interacción se va constituyendo y transformando el proyecto de la sociedad global.

La investigación de una región permite salvar los problemas de las grandes teorías y de los estudios que describen una localidad fuera de todo contexto. Es decir, resuelve el problema de lo general y de lo particular: en donde lo general explica poco de lo regional y lo particular no ayuda a analizar el conjunto de relaciones que se establecen con el exterior. Lo regional es un punto de contacto y de articulación entre lo nacional y los estudios de caso, pero con un estatus propio: se trata de explicar el conjunto de relaciones sociales propias (internas) y cómo se transforman por la influencia y relaciones que mantienen con regiones circundantes, con el país o con el mundo.

La región es una unidad de análisis con características estructurales propias y delimitada por el conjunto de relaciones sociales que establecen sus grupos sociales en un espacio y en un periodo determinado. Por ello, los límites de una región se extienden o se distienden en el espacio según el fenómeno a analizar y el momento histórico que se estudie. La especificidad del conjunto de relaciones y articulaciones al interior de una región la hace diferente de otras, pero a la vez se encuentra articulada con otros espacios regionales o nacionales.

Este planteamiento metodológico nos con-



duce a comprender la dinámica de la sociedad en una región, es decir, la interacción de grupos sociales al interior y al exterior de un universo determinado. Así, es necesario subrayar que lo regional no sólo es reflejo de lo nacional, sino que a veces el primero conlleva procesos que le son distintos y a veces contradictorios a este último. De tal suerte que el análisis nacional pueda rendir cuenta de la diversidad y heterogeneidad regional.

Si además los estudios regionales se ubican en la larga duración, es posible combinar el análisis diacrónico con el sincrónico o lo estructural con las coyunturas, lo cual permite aprehender los cambios y las continuidades. De este modo, se obtienen mayores bases para comprender el presente y poder proponer alternativas de desarrollo para el futuro.

Desde esta perspectiva y tomando como cuestión central la reconstrucción de la totalidad, es necesario recordar lo siguiente: en un análisis regional no se debe estudiar el todo por el todo. A partir de un fenómeno o tema relevante de una realidad, se analizan los diferentes aspectos que están interrelacionados, como un eje conductor o como columna vertebral.

De esta manera, la totalidad aparece como un todo coherente, sistematizado y articulado.

La dinámica social regional debe reconstruirse en tres sentidos: 1) hacer una descripción rigurosa y sistemática de contextos y situaciones en que viven los distintos grupos sociales regionales, en relación a formas y prácticas de lo social, económico, cultural y político; 2) explicar los procesos que han determinado las diferentes relaciones sociales y económicas, para poder analizar las diferentes manifestaciones de resistencia, lucha, adaptación o innovación con que los sujetos responden al cambio, ya sea en forma de ruptura o transformación de sus sociedades, y 3) no sólo habrá que conformarnos con reconstruir el pasado, sino que el análisis del devenir histórico deberá ayudar a formular propuestas que permitan una reorientación del cambio social, para que los “planes de desarrollo” se conviertan, de un elemento de expoliación, de fracaso de los proyectos modernizadores —de los que hay muchos ejemplos en la historia de México—, en un agente de beneficio y fortalecimiento social interno y de un desarrollo más humano e integral del país.

## Notas

<sup>1</sup> Douglas R. Hofstadter, *Göedel, Escher, Bach: an Eternal Golden Braid*, Nueva York, Vintage Books, 1979, pp. 67 y 127.

<sup>2</sup> Luis González y González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968.

<sup>3</sup> *Ibid.*, también véanse los otros escritos del mismo autor en donde hace reflexiones metodológicas sobre la microhistoria y el quehacer del historiador. Luis González, *Invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973; Luis González, “La sopa de archivo, maná de historiadores”, *Historia regional y archivos*, México, AGN, 1982.

<sup>4</sup> Enrique Florescano, “Historia local, historia regional y la formación política del país”, *Historia regional y archivos*, México, AGN, 1982, p. 38.

<sup>5</sup> Eric Van Young, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII. La economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 13 y 17.

<sup>6</sup> Alejandra Moreno Toscano, como directora del Archivo General de la Nación (1976-1982) invitó a varios historiadores y escritores para discutir acerca de la función y del sentido de los archivos y de la historia. El resultado de esta reunión se encuentra en: Carlos Pereyra et al., *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI editores, 1980.

<sup>7</sup> Jean Chesneaux plantea que el análisis histórico permite definirnos a nosotros mismos; su función es la de permitir el diálogo entre el pasado y el presente y no solamente se trata de recolectar datos que pertenecen a un tiempo lejano. Véase *Le mouvement paysan chinois 1840-1949*, París, Editions du Seuil, 1976, p. 7.

<sup>8</sup> Para un recuento de la organización de archivos estatales y de la fundación de nuevas instituciones de historia en provincia, véase José María Muriá, “Apuntes sobre el estado actual de la historiografía regional mexicana”, *Panorama actual de la historiografía mexicana*, México, Instituto Doctor José María Luis Mora, 1983, pp. 5-15. Un balance analítico de la historiografía

regionalista mexicana se puede ver en una ponencia de Pablo Serrano Alvarez, "Perspectivas de los estudios regionales en México", ponencia presentada en la VIII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, San Diego, California, octubre de 1990. Sobre la importancia de la historia regional también véase Ignacio del Río, "De la pertinencia del enfoque regional en la investigación histórica sobre México", *Históricas*, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 27, México, UNAM, diciembre de 1989, pp. 21-35; Sergio Ortega Noriega, "Proposiciones para la investigación y la enseñanza de la historia regionalizada de México", *Históricas*, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, núm. 28, México, UNAM, enero-abril de 1990, pp. 35-42.

<sup>9</sup> Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, México, Siglo XXI editores, 1980.

<sup>10</sup> Para evitar confusiones, Eric Van Young define *regionalidad* como la cualidad de ser de una región, y *regionalismo* como la identidad consciente, cultural, política y sentimental, que grandes grupos de personas desarrollan con ciertos espacios a través del tiempo. Véase: Eric Van Young, "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, núm. 2, Buenos Aires, Universidad Nacional del Centro, 1987, p. 258.

<sup>11</sup> Una explicación más amplia de los proyectos de modernidad en los ámbitos de lo económico y de lo legal, de los intentos de secularización de la sociedad, y del proceso de conformación hasta la consolidación de un Estado-Nación a lo largo del siglo XIX, se encuentra en: Leticia Reina, "Modernidad y rebelión rural", *Estado, economía y sociedad. Siglo XIX*, DEH-INAH, en prensa.

<sup>12</sup> Una síntesis de los diferentes movimientos sociales acaecidos en la década de los setenta se puede ver en: Mario Huacuja R. y José Woldenberg, *Estado y lucha política en el México actual*, México, Ediciones "El caballito", 1976.

<sup>13</sup> Jorge Zepeda Patterson señala lo siguiente: "Es significativo que la autorreflexión de una provincia o de una región sobre ella misma se reafirma en los tiempos de opresión y crisis, cuando el grupo se siente amenazado y en peligro". Este autor tiene un magnífico análisis de los regionalismos a través de la historia, véase: "La nación versus las regiones", *La Jornada Semanal*, México, 25 de enero de 1987; y "Los auges del regionalismo", *La Jornada Semanal*, México, 10 de febrero de 1987.

<sup>14</sup> Van Young, *op. cit.*, 1987, p. 257.

<sup>15</sup> Mario Cerutti desarrolla los conceptos de "visión regional" y de "enfoque regional" como parte de una metodología contrapuesta a los análisis centralistas. En este sentido estoy de acuerdo, pero yo no lo utilizo como sinónimo de historia regional. Véase: "Monterrey y su ámbito regional (1850-1910). Referencia histórica y sugerencias metodológicas", *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, núm. 15, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, septiembre-diciembre, 1989, pp. 97-113.

<sup>16</sup> Luis González, *op. cit.*, 1968; Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, 2 tomos, México, Ediciones Era, 1985.

<sup>17</sup> Margarita Dalton (comp.), *Oaxaca. Textos de su historia*, V vols., México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, Gobierno del Estado de Oaxaca, 1990, vol. I, p. 3.

<sup>18</sup> Rodolfo Pastor, *Campesinos y reformas: la Mixteca, 1700-1856*, México, El Colegio de México, 1987; William B. Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987; Brian R. Hamnett, *Política y comercio en el sur de México, 1750-1821*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1976.

<sup>19</sup> No presento una lista de los trabajos que se han hecho sobre las diferentes regiones de Oaxaca porque recientemente se publicaron dos antologías en donde están ampliamente citados.

<sup>20</sup> Leticia Reina (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana. Estado de Oaxaca*, II vols., México, Juan Pablos Editor, Gobierno del Estado de Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca y Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1988.

<sup>21</sup> Marcus Winter (comp.), *Lecturas históricas del estado de Oaxaca*, vol. I, Epoca prehispánica, Colección Regiones de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Gobierno del Estado de Oaxaca, 1990; Ma. de los Angeles Romero (comp.), *Lecturas históricas del estado de Oaxaca*, vols. II, III y IV, Colección Regiones de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Gobierno del Estado de Oaxaca, 1990.

<sup>22</sup> Margarita Dalton (comp.), *Oaxaca. Textos de su historia*, V vols., México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora y Gobierno del Estado de Oaxaca, 1990.

<sup>23</sup> Leticia Reina, "De las Reformas Borbónicas a las Leyes de Reforma", Leticia Reina (coord.), *op. cit.*, 1988, pp. 181-267.

<sup>24</sup> Francisco de Oliveira define y delimita la región en su dimensión política. Dice así: "...el control de ciertas clases dominantes 'cierra' la región. Esa dimensión política no es una instancia separada de la economía; por el contrario, es o será de la imbricación de las dos instancias que podrá surgir más completo el concepto que aquí se propone, por lo menos en la tradición teórica del marxismo. El 'cierre' de una región por sus clases dominantes requiere, exige y solamente se da por lo tanto, en cuanto esas clases dominantes consiguen reproducir la relación social de dominación, o más claramente las relaciones de producción. Y en esa reproducción, obstaculizan y bloquean la penetración de formas diferenciadas de generación de valor y de nuevas relaciones de producción. La apertura de la región y la consiguiente 'integración' nacional, en el largo camino hasta la disolución

completa de las regiones, ocurre cuando ya no es posible seguir reproduciendo la relación social, y por esa imposibilidad se cuela la pérdida de hegemonía de las clases dominantes locales y su sustitución por otras, de carácter nacional e internacional. Véase: Francisco de Oliveira, *Elegía para una re(li)gión. Sudene, Nordeste. Planificación y conflictos de clases*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 35.

<sup>25</sup> Jorge Zepeda Patterson, *op. cit.*, 1987.

<sup>26</sup> Douglas R. Hofstadter, *op. cit.*, p. 67.

<sup>27</sup> Alan Knight, "Interpretaciones recientes de la Re-

volución mexicana", *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, núm. 13, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, enero-abril de 1989, p. 39.

<sup>28</sup> Pablo Serrano dice que: "la definición de región involucra otro principio metodológico que todo regionalista debe poseer, como punto de partida y como constante del análisis, y que se refiere a la concepción de la región como un todo concreto y específico (no sólo en cuanto al escenario espacial, sino en cuanto a los fenómenos que se analizan o estudian)". Pablo Serrano, *op. cit.*, p. 9.



